



1825-1832

¡GUERRA Á LOS DEMOLEDORES!

1825



Si las cosas continúan así todavía algún tiempo, pronto no quedará en Francia más monumento nacional que el de los *Viajes pintorescos y románticos*, en los cuales rivalizan en gracia, imaginación y poesía el lápiz de Taylor y la pluma de Carlos Nodier, cuyo nombre se nos permitirá pronunciar con admiración, aunque haya pronunciado algunas veces el nuestro con amistad.

Ha llegado el momento preciso en que no es posible guardar silencio. Es necesario que un grito universal llame por fin á la moderna Francia en socorro de la antigua. Todos los géneros de profanación, de degradación y de ruina amenazan á la vez lo poco que nos queda de esos admirables monumentos de la Edad media, donde se imprimió la vieja gloria nacional, y en los cuales se reúne á la vez la memoria de los reyes y la tradición del pueblo. Mientras se construyen,

sin reparar en el gasto, no sé qué bastardos edificios, que, con la ridícula pretensión de ser griegos ó romanos en Francia, no son ni griegos ni romanos, otros edificios admirables y originales caen sin que nadie se digne informarse de ellos, y su única culpa, sin embargo, consiste en ser franceses por su origen, por su historia y por su objeto. En Blois, el castillo de los Estados sirve de cuartel, y la hermosa torre de Catalina de Médicis desaparece hundiéndose bajo las vigas de las cuadras de la caballería. En Orleáns, el último vestigio de los muros defendidos por Juana acaba de desaparecer. En París, sabemos lo que se ha hecho de las viejas torres de Vincennes, que acompañaban tan magníficamente al torreón central. La abadía de Sorbona, tan elegante y tan adornada, cae en este momento bajo la picota. La hermosa iglesia románica de Saint-Germain-des-Près, desde donde Enrique IV había absorbido á París, tenía tres torres ó flechas, únicas en su género, que embellecían la silueta de la capital. Dos de esas agujas amenazaban ruina. Era preciso apuntalarlas ó destruirlas; pareció más corto destruirlas. Luego, para poder unir, cuanto era posible, aquel venerable monumento con el mal pórtico de estilo de Luis XIII que oculta la portada, los *restauradores* reemplazaron algunas de las antiguas capillas por pequeñas *bomboneras* con capiteles corintios, como la de San Sulpicio; y embadurnaron el conjunto con una bella pintura amarilla de color de canario. La catedral gótica de Autún sufrió iguales ultrajes. Cuando pasábamos por Lyon, en agosto de 1825, hace dos meses, hacían también desaparecer, bajo una capa de lechada color de rosa, el hermoso color que los siglos habían dado á la catedral del primado de las Galias. Hemos visto demoler, igualmente, cerca de Lyon, el afamado castillo del Arbresle. Me equivoco, el dueño conservó una de las torres, la

alquila al ayuntamiento y sirve de cárcel. Una pequeña ciudad en Forez, Crozet, está ruinoso, con la Casa solariega de los Aillecourt, donde nació Tourville, y con monumentos que embellecerían á Nuremberg. En Nevers, dos iglesias del siglo XI sirven de cuadra. Había otra, de la misma época, no la hemos visto; cuando fuimos ya había sido barrida del suelo. Únicamente pudimos admirar en la puerta de una choza, donde estaban tirados, dos capiteles románicos que atestiguaban por su belleza la del edificio, del cual eran los únicos vestigios. La antigua iglesia de Mauriac ha sido destruída. En Soissons, dejan venirse abajo el riquísimo claustro de San Juan y sus dos torres tan ligeras y tan atrevidas. En esas ruinas escoge el picapedrero sus materiales. Igual indiferencia existe por la encantadora iglesia de Braisne, cuya bóveda desmantelada deja bajar la lluvia hasta las diez tumbas de reyes que contiene.

En la Charité-sur-Loire, cerca de Bourges, hay una iglesia románica que, por la inmensidad de su recinto y la riqueza de su arquitectura, rivalizaría con las más célebres catedrales de Europa; pero está casi arruinada. Se cae piedra por piedra, tan desconocida como las pagodas orientales en sus desiertos de arena. Pasan por allí seis diligencias cada día. Hemos visitado el castillo de Chambord, Alhambra de Francia. Ya se tambalea, minado por las aguas del cielo, que filtraron entre las piedras tiernas de sus techos faltos de planchas de plomo. Lo declaramos con dolor: si no se remedia la cosa pronto, antes de pocos años, la suscripción, suscripción que merecía ser nacional, y que ha devuelto al país la obra maestra del Primatice, aunque poco quedará de ese edificio en pie, hermoso como un palacio de hadas, grande como un palacio de reyes.

Escribimos esto á toda prisa, sin ninguna prepa-

ración y eligiendo al azar algunos de los recuerdos que hemos conservado de una rápida excursión por una pequeña región de Francia. Piénsese en ello; sólo hemos recorrido el velo sobre una pequeñísima parte de la llaga. No hemos hecho más que referir cosas que hemos comprobado. ¿Qué ocurre en otros puntos?

Se nos ha dicho que unos ingleses habían comprado por *trescientos francos* el derecho de llevarse encajonado todo cuanto quisieran de los restos de la admirable abadía de Jumièges. Así se renuevan las profanaciones de lord Elgin en nuestro país, y las aprovechamos. Los turcos sólo vendían los monumentos griegos; nosotros lo hacemos mejor: vendemos los nuestros. Se asegura igualmente que el claustro tan hermoso de *San Wandrille* se vende al por menor, por no sé cuál propietario ignorante é interesado, quien sólo ve en un monumento una cantera de piedra. *Proh pudor!* En el mismo momento en que escribimos estas líneas, en París, en el sitio llamado *Escuela de bellas artes*, una escalera de madera, esculpida por los maravillosos artistas del siglo xiv, sirve de escala para los albañiles; admirables carpinterías del renacimiento, algunas de ellas pintadas todavía, doradas y blasonadas, maderajes de puertas tocados por el tierno y delicado cincel que trabajó en el castillo de Anet, se hallan allí rotos, dislocados, amontonados en el suelo, en los graneros, en las buhardillas, y hasta en la antecámara del gabinete de un individuo que se instaló en él, intitulándose *arquitecto de la Escuela de bellas artes*, y que camina estúpidamente sobre ellos. ¡Y vamos á buscar lejos, pagándolos muy caros, los adornos para nuestros museos!

Ya sería tiempo de poner término á esos desórdenes, acerca de los cuales llamamos la atención del país. Aunque empobrecida por los devastadores revo-

lucionarios, por los especuladores mercantiles, y sobre todo por los restauradores clásicos, Francia es rica aun en monumentos franceses. Es preciso detener el martillo que mutila el rostro del país. Bastaría una ley; que se haga. Sean cuales fueren los derechos de la propiedad, la destrucción de un edificio histórico y monumental no debe permitirse á esos innobles especuladores cegados por el interés que domina á su honor; hombres miserables, y ¡tan imbéciles que no comprenden que son unos bárbaros! Hay dos cosas en un edificio, su uso y su belleza. Su uso pertenece al dueño, su belleza á todo el mundo; por consiguiente, destruirlo, es abusar de su derecho.

Debería ejercerse una vigilancia activa sobre nuestros monumentos. Con ligeros sacrificios, se salvarían construcciones que, independientemente de lo demás, representan capitales enormes. Solamente la iglesia de Brou, edificada hacia fines del siglo xv, costó veinticuatro millones de francos, en una época en que el jornal del obrero se pagaba á razón de diez céntimos. Hoy costaría más de ciento cincuenta millones. En tres días y con trescientos francos se podría echar al suelo.

Y luego un laudable sentimiento se apoderaba de nosotros; aunque quisiéramos reconstruir esos prodigiosos edificios, no podríamos hacerlo. No tenemos ahora el genio de aquellos siglos. La industria ha reemplazado al arte.

Terminemos aquí esta nota, pues se trata de un asunto que exigiría un libro. El que escribe estas líneas volverá á ocuparse en este asunto, con oportunidad y sin ella; y como aquel viejo romano que siempre decía: *Hoc censeo, et delendam esse Carthaginem*, el autor de esta nota repetirá sin cesar: Pienso eso, y que no debe derribarse Francia.

1832

Hay que decirlo, y decirlo alto: ese derribo de la antigua Francia, que hemos denunciado varias veces durante la restauración, continúa con mayor encarnizamiento y barbarie que nunca. Desde la revolución de julio, con la democracia, alguna ignorancia y alguna brutalidad desbordaron. En muchos lugares, el poder local, la influencia municipal, la curatela comunal pasó de manos de los nobles que no sabían leer, á las de los campesinos que no saben escribir. Se descendió un peldaño. Cuando esas buenas gentes llegan á saber deletrear, gobiernan. El engaño administrativo, producto natural y normal de esa máquina de Marly que se llama *centralización*, el engaño administrativo se engendra siempre, como en tiempos anteriores, desde el alcalde al subprefecto, del subprefecto al prefecto, del prefecto al ministro; sólo que es mayor.

Tenemos el propósito de no abarcar aquí más que una sola de las innumerables formas bajo las cuales se produce á la vista del país maravillado. No queremos tratar del *grosero error administrativo* más que en materia de monumentos, y sólo desfloraremos ese inmenso asunto, que no se agotaría en veinticinco tomos *in-folio*.

Sentamos como un hecho que no hay quizás en Francia, en este momento, una sola ciudad, una capital de departamento ó de cantón donde no se medite, donde no se comience, donde no se concluya la destrucción de algún monumento histórico nacional,

sea por intervención de la autoridad central, sea por la autoridad local con consentimiento de la autoridad central, sea por particulares á la vista y con la tolerancia de la autoridad local.

Lo que sostenemos aquí lo hacemos con el profundo convencimiento de no equivocarnos, y apelamos ante la conciencia de todos cuantos han hecho, respecto de este punto, una excursión por cualquier lugar de Francia como artistas ó anticuarios. Cada día algún antiguo recuerdo de Francia se va con la piedra en la cual estaba escrito. Cada día rompemos algunas letras del venerable libro de la tradición. Y pronto, cuando la ruina de todas esas ruinas esté consumada, no tendremos más remedio que exclamar como aquel troyano, quien á lo menos se llevaba sus dioses:

..... *Fuit Ilium et ingens*
¡Gloria!

Y en confirmación de lo que acabamos de decir, permítase al que escribe estas líneas citar, entre un sinnúmero de documentos que podría presentar, el extracto de una carta por él recibida. No conoce personalmente al firmante, que es, como su carta lo indica, hombre de buen gusto y de corazón; pero le agradece que se haya dirigido á él. No faltará jamás á quien le señale una injusticia ó un absurdo nocivo que denunciar. Sólo siente que su voz no tenga mayor autoridad y más nombradía. Léase, pues, esta carta, y piensen, al leerla, que el hecho á que se refiere no es un caso aislado, sino uno de los mil episodios del gran hecho general, la *demolición sucesiva é incesante de todos los monumentos de la antigua Francia*.

Charleville, 14 de febrero de 1832.

Señor mío:

En el mes de septiembre último hice un viaje á Laon (Aisne), que es mi país natal. Había salido de allí hace algunos años; y, naturalmente, en cuanto llegué, mi primer cuidado fué recorrer la ciudad... Estando en la plaza central, cuando mi vista se fijó en la vetusta torre de Luis de Ultramar, ¡cuál no sería mi sorpresa al verla rodeada de escalas, de andamios y de toda clase de instrumentos de destrucción! Confieso que aquello me hizo daño. Procuré adivinar la razón de aquel aparato, cuando pasó M. Th..., hombre sencillo é instruído, amigo de las letras y de todo cuanto se refiere á la ciencia y á las artes. Le comuniqué al momento la desagradable impresión que me producía la destrucción de aquel viejo monumento. M. Th..., que la compartía conmigo, me hizo saber que, siendo el único miembro que quedaba del antiguo ayuntamiento, él solo combatió el acto de que éramos testigos; que nada pudieron sus esfuerzos. Razones, palabras, todo había fracasado. Los nuevos consejeros, reunidos en mayoría contra él, habían vencido. Por haber tomado con calor la defensa de aquella torre inocente, M. Th... había sido acusado hasta de carlismo. Esos señores decían que aquella torre sólo representaba recuerdos feudales, y su destrucción fué votada por aclamación. Hay más, la ciudad se ha comprometido á dar al destajista varios miles de francos y todos los materiales en pago de su trabajo. Ese es el precio del asesinato; ¡pues es un verdadero asesinato! M. Th... me hizo observar en una pared inmediata el anuncio de la subasta, en papel amarillo. En lo alto, y en gruesos caracteres, se

leía: DESTRUCCIÓN DE LA TORRE LLAMADA DE LUIS DE ULTRAMAR. *Se avisa al público*, etc.

»Esa torre ocupaba un espacio de algunas toesas. Para agrandar el mercado inmediato, si eso es lo que se quería hacer, podía sacrificarse una casa particular, cuyo precio no hubiera probablemente excedido de la suma que se da al contratista. Prefirieron derribar la torre. Me aflige decirlo para vergüenza de estos habitantes: su ciudad poseía un monumento raro, un monumento de los reyes de la segunda raza; no existe hoy allí ninguno. El de Luis IV era el último. Después de semejante acto de vandalismo, algún día se sabrá sin sorpresa que destruyen su hermosa catedral del siglo XI para hacer una lonja ó mercado de granos» (1).

Abundan y se precipitan las reflexiones ante semejantes hechos.

Y, primero, ¿no hay en todo eso una excelente comedia? ¿Os figuráis á esos diez ó doce concejales del ayuntamiento, deliberando acerca de la gran destrucción de la torre llamada de Luis de Ultramar? Ahí están todos, formados en semicírculo, y quizás sentados sobre la mesa, con las piernas cruzadas y zapatillas en los pies, á manera de turcos. Escuchadlos. Se trata de ensanchar, de agrandar el cuadrado de las coles y de hacer desaparecer un *monumento feudal*. Usan en comunidad todo cuanto saben de las grandes frases, que desde hace quince años les lee en el *Constitucional* el maestro del pueblo. Se cotizan. Llueven las buenas razones. Uno arguye acerca del *feudalismo*, y se obstina; otro alega el *diezmo*; otro la

(1) No publicamos el nombre del firmante de la carta, por no estar formalmente autorizados para ello, pero le conservamos en reserva como garantía. También hemos creído deber suprimir las frases que eran demasiado benévola expresión de la simpatía de nuestro corresponsal personalmente hacia nosotros.

prestación personal; el otro truena contra los *siervos que pegaban al agua de los fosos para hacer callar á las ranas*; el quinto habla del *derecho de pernada*; el sexto, de los *eternos curas* y de los *nobles eternos*; otro, de los *horrores de la San Bartolomé*; otro, que sin duda es abogado, *de los jesuitas*; luego ésto, luego aquéllo, y luego ésto y aquéllo; todo queda dicho, la torre de Luis de Ultramar es condenada.

¿Os dáis cuenta, en medio del grotesco sanedrín, de la situación de aquel pobre hombre, único representante de la ciencia, del arte, del buen gusto y de la historia? ¿Veis la actitud humilde y oprimida de ese paria? ¿Le oís atreviéndose á aventurar algunas tímidas palabras en favor del venerable monumento? ¿Y veis estallar la tormenta en contra de él? Ya sucumbe bajo las invectivas. Por todas partes le llaman *carlista*. ¿Qué contestar á eso? Se acabó. La cosa queda hecha. La destrucción del «monumento de las edades bárbaras» es definitivamente votada, y se oyen los gritos de entusiasmo de los buenos consejeros municipales de Laon, que han tomado por asalto la torre de Luis de Ultramar.

¿Creéis que jamás Rabelais, que jamás Hogarth, hubieran podido hallar en parte ninguna caras más extravagantes, perfiles más bufos, siluetas más regocijantes que dibujar en las paredes de una taberna ó en las páginas de una *batracomiyomaquia*?

Sí, reid.—Pero, mientras los ediles deliberaban, graznaban y empleaban su horrible jerigonza, la vieja torre que fué durante tanto tiempo inmovible, se sentía temblar en sus cimientos. De pronto, por las ventanas, por las puertas, por las barbacanas, por las troneras, por los tragaluces, por las canales, por todas partes, los demolidores aparecen, como salen gusanos de un cadáver. Suda albañiles. Esos pulgones la pican. Esas lombrices, esos insectos la devoran. La

pobre torre comienza á caer piedra tras piedra; sus esculturas se rompen al caer en el suelo; mancha las casas inmediatas, las salpica con sus restos; su seno se abre; su perfil se destroza, y el inútil burgués, que pasa por allí, sin darse bien cuenta de lo que le hacen, sorpréndese al verla cargada de cuerdas, poleas y escalas, como jamás vió tantas en cualquier asalto de ingleses ó de borgoñones.

Así, para derribar esa torre de Luis de Ultramar, casi contemporánea de las torres romanas de la anti-gua Bibrax, para hacer lo que no pudieron hacer ni arietes, ni balistas, ni catapultas, ni hachas, ni bombardas, ni culebrinas, ni balas de hierro de las forjas de Creil, ni las piedras de bombardas de las canteras de Perona, ni el cañón, ni el rayo, ni la tempestad, ni la batalla, ni el fuego de los hombres, ni el del cielo, bastó en el siglo XIX ¡maravilloso progreso!, ¡una pluma de ganso, trazando algunos signos sobre una hoja de papel, movida por algunos infinitamente pequeños! ¡Malvada pluma de un ayuntamiento de vigésima clase! ¡Pluma que formula cojeando los imbéciles fetfas (1) de un diván de campesinos! ¡Pluma imperceptible del senado de Liliput! ¡Pluma que comete faltas de francés! ¡Pluma que desconoce la ortografía! ¡Pluma que, de seguro, trazó más cruces que firmas al pie del inepto acuerdo!

¡Y la torre fué destruída! ¡Y la ciudad pagó para ello! ¡Le robaron la corona y pagó al ladrón!

¿Qué nombre puede darse á todas esas cosas?

Y lo repetimos para que se piense bien en ello: el hecho de Laon no es un hecho aislado. En el momento en que escribimos, no hay un punto en Francia donde no ocurra algo análogo. Es más ó es menos, es poco ó es mucho, es pequeño ó es grande, pero es

(1) *Fetfas*: decisión dogmática del Gran Muftí, en Turquía.